

EL INVIERNO NO ES TIEMPO DE MARIPOSAS

Comisaría de Usera. Diciembre de 2015.

Desde su despacho, el inspector Torres de homicidios, miraba los autobuses que cruzaban la avenida. El frío aún se le aferraba al cuerpo tras regresar del parque de Pradolongo, donde un hombre sin techo había muerto por las bajas temperaturas. No llevaba documentación. Solo una manta raída, dos bolígrafos, una navaja y un cuaderno roto. Sacó el cuaderno con cuidado, intentado buscar alguna pista para identificar al hombre. Al abrirlo encontró una caligrafía cuidada y clara en tinta azul.

Septiembre-2015.

“...Cuando la noche duerme, me disfrazo de poeta. A la luz de una farola escribo lo que me ayuda a entender mi vida. Perdí el rumbo hace tiempo y acabé aquí, entre cartones. A veces me sorprende llorando. Me siento como una estación de tren abandonada. Solo escribo para ahuyentar la soledad, que ya es parte de mí. Hoy comí un trozo de bocadillo que me dio el jardinero del parque. Entre mis cartones, me siento seguro.”

Primeros de septiembre.

“...La luz de la mañana me anima. Camino por la Avenida de los Poblados. El padre Queño me saluda con ternura y me ofrece un colacao con galletas. Le robo una rosa al altar de la Virgen; sé que lo entenderá. Voy hacia el cementerio. Paso junto al colegio Meseta Orcasitas y echo de menos las risas de los niños (aún no han empezado los colegios).

Me siento en tu lápida y dejo la rosa que te traje. Maldigo la enfermedad que te llevó. Me quedé vacío con tu ausencia.”

Octubre

“...Desde la verja del colegio veo a Andrés jugando y a Marta, que ya se parece a ti. Me muero por abrazarlos, por decirles cuánto los quiero. Marta me ha mirado, pero no me ha reconocido. Me alejo. Dejo en la valla los abrazos que no puedo darles. Perdonadme por no ser como hubierais querido. Ahora no tengo nada, y me duele todo.”

Noviembre

“...El frío duerme conmigo. Esta manta y yo nos abrazamos con la esperanza de que amanezca. En Plaza Elíptica, busco trabajo. Me siento como un jornalero esperando al señorito. Veo gente desayunar desde el cristal. Mi último euro lo gasté en pan. La indigencia te vuelve invisible. Me miré en el escaparate: no me reconocí. La última vez que me eligieron me pagaron quince euros después de todo el día de trabajo. ¿Dónde quedó la justicia?”

Diciembre

“...Hoy vi a la muerte pasear junto al lago. Me buscaba. Pensé en ir a su encuentro, pero el recuerdo de mis hijos me hizo esconderme. Me tiembla todo, debo tener fiebre. Ya no puedo seguir escribiendo. Me voy a mi acacia. Tal vez los cartones me protejan. Me abandono en este tiempo que me ha tocado vivir.”

El subinspector cerró el cuaderno y fue a la iglesia de la Divina Sangre. El padre Queño, al ver la foto del fallecido, asintió en silencio.

—Se llamaba Juan. Nunca quiso dejar el barrio. Le ofrecí llevarlo al albergue, pero decía que aquí aún estaban sus hijos. Estaba roto. El cáncer del alma es difícil de curar.

Torres sintió un nudo en la garganta. Tras visitar el colegio Meseta de Orcasitas, donde confirmó que Andrés y Marta, los niños mencionados en el cuaderno, existían.

El director informó al inspector de la dirección de los niños. Sus abuelos tenían la custodia.

En una casa de la calle Guetaria. Un anciano abrió la puerta. Se asustó al ver a un policía en la puerta de su casa.

—¿Juan? —preguntó la mujer al fondo del pasillo.

El subinspector asintió.

El inspector necesitó que le acompañasen al Instituto Anatómico Forense. Los dos abuelos confirmaron su identidad. La esperanza se desvaneció con la certeza.

De vuelta en el coche, el anciano, con voz quebrada, comenzó a hablar:

—Juan fue un buen yerno, buen padre y marido. Cuando Yolanda enfermó, no se separó de ella ni un solo día. Lo despidieron del trabajo y perdieron el piso. Le ayudamos como pudimos, pero no bastó. El banco se quedó con todo. Se fue llorando, nunca quiso que sus hijos le vieran así. A veces dejaba algo de dinero en el buzón. Sabíamos que rondaba el barrio. En el cementerio notábamos que había estado allí.

Era un buen hombre que la vida le había derrotado.

Cementerio de Carabanchel. 20 de diciembre de 2015

Torres acompañó a los abuelos, a los niños y al padre Queño. En la lápida de al lado de Yolanda donde aún se marchitaba una rosa, descansaba ahora Juan.

Al terminar, el subinspector entregó al abuelo el cuaderno azul.

—Un día, los niños querrán saber. Aquí encontrarán respuestas.

En el Parque de Pradolongo se disuelve la niebla.

De unos cartones que hay bajo una acacia levanta el vuelo una mariposa de colores.

Sobrevuela el patio del colegio Meseta, llega al cementerio de Carabanchel, a la lápida de Yolanda y se posa junto a la rosa marchita.

Aunque... el invierno no es tiempo de mariposas.